# LA MISIÓN EN EL SIGLO VEINTIUNO
## Cuatro Mandamientos y Doce Principios en el Contexto del Reino de Dios
**Osvaldo L. Mottesi**

***Dedico estas notas al Dr. Daniel Schipani, teólogo anabautista fiel y comprometido, querido hermano y amigo, compañero del ministerio docente por más de dos décadas en el Programa de Estudios Hispanos del Northern Theological Seminary. A Daniel, cuyo pensamiento está y estará omnipresente en éstas y otras reflexiones mías, alguien que -sin proponérselo ni saberlo hasta ahora- iluminó mi peregrinaje de radicalización espiritual y teológica, no sólo por su pensar, sino especialmente por su vivir la fe. Gracias.***

**Introducción:** Comenzaremos con algunas consideraciones que al principio podrían parecer obvias, pero que delimitarán el enfoque, perspectiva y énfasis de nuestra reflexión.

1. **En primer lugar, hablaremos de la iglesia.** Y de la iglesia existe una constelación de definiciones de todo tipo. De entrada deseamos arriesgar provocativamente nuestra propia definición. Esta es la siguiente:

> La iglesia cristiana, uno de los medios de la misión de Dios, no es un grupo de personas religiosas, sino una ***comunidad de discípulos y discípulas de Jesucristo***; es la ***comunidad del Reino*** dentro de la comunidad civil; es una ***comunidad contracultural transformadora***, es ***Cristo tomando forma*** en la sociedad, haciéndose audible, visible y accesible en el poder del Espíritu Santo.

La razón de ser de la iglesia es dialogar con Dios, caminar según su voluntad y servir según Su Palabra. Es ser una comunidad comprometida de discípulos y discípulas que viven en comunión con el Padre, a través del Hijo y en el poder del Espíritu; que testifica la realidad nueva del Reino de Dios en toda la tierra; que están sujetos/as a la enseñanza guiadora de la Palabra de Dios; y que demuestran el amor divino en el servicio incondicional a toda la humanidad. La iglesia vive en la necesidad continua de "crecer en todo", a la luz de la exhortación paulina: *"Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo"* (Efesios 4:15).

Por lo anterior, la iglesia es **comunidad contracultural transformadora** de los valores bastardos de "este mundo" a los valores del Reino de Dios. Como seguidores y seguidoras de Jesucristo, no tenemos otra alternativa -para serlo de verdad- que ser diferentes. John Stott, figura prominente del pensamiento cristiano radical, recientemente fallecido, en el primer capítulo de su excelente comentario titulado *"El Sermón del Monte: contracultura cristiana"*, no sólo afirma la practicabilidad contemporánea de este glorioso cúmulo de enseñanzas de Jesucristo, sino destaca: "El llamado de Jesús desglosado en el Sermón del Monte es a un cambio de valores y normas. Si la Iglesia vive por ellos será la sociedad alternativa que Jesús siempre se propuso que fuera, y ofrecerá al mundo una auténtica contracultura cristiana". Y termina su extraordinario comentario con la afirmación de estas líneas finales: "Sólo cuando la comunidad cristiana

viva según el manifiesto de Cristo, el mundo será atraído y Dios será glorificado. Así pues, cuando Jesús nos llama a hacia sí mismo, es a esto que nos llama. Porque él es el Señor de la contracultura".

**2. De nuestra definición y posterior comentario deseamos privilegiar dos elementos claves:** 1) La iglesia es la comunidad del Reino, que existe para vivir, mostrar y buscar el Reino de Dios. Por ello, toda teología de la iglesia debe ser reflexión sobre el Reino de Dios. Por otra parte, 2) la iglesia existe, vive en la necesidad continua de crecer en todo, y la norma no negociable del crecimiento integral es la forma de Cristo.

La iglesia crece de acuerdo con la manera como se percibe y se entiende a sí misma, o sea la visión que tiene de su identidad, carácter y propósito en el mundo. Por lo tanto, existe una correlación fundamental entre la concepción que tengamos de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y nuestra forma de entender la iglesia, su misión y crecimiento ideal.

**3. En tercer lugar, queremos puntualizar la naturaleza trinitaria de la iglesia.** Las imágenes y metáforas bíblicas referidas a la iglesia son numerosas y variadas. Destacamos aquí tres, que afirman el carácter trinitario y a la vez dinámicamente misionero de la misma: El concepto de pueblo del pacto, que es referencia sólidamente enraizada en la fe de Israel; la metáfora paulina del cuerpo de Cristo y la idea de la hermandad del Espíritu.

**4.** A la vez, estamos convencidos que la expectativa de Dios es el desarrollo, maduración y quehacer integral de la iglesia en consonancia con su carácter trinitario. Así es como podemos identificar **tres cualidades teológicas fundamentales y fundamentantes del crecimiento integral ó misión,** que emanan precisamente de la naturaleza trinitaria de la iglesia. Estas son: fidelidad, espiritualidad y encarnación.

**5. Como pueblo de pacto,** la iglesia es llamada a vivir conforme a los imperativos, promesas y metas propios de la política de Dios. Como pueblo del pacto hemos de crecer en fidelidad. El reto clave aquí es discernir continuamente nuestra realidad eclesial para comprobar en qué medida expresamos fielmente en vida y misión los propósitos y actos de Dios revelados en la Escritura. La clave aquí es fidelidad al proyecto de Dios en la historia.

**6. Como cuerpo de Cristo,** la iglesia es un organismo viviente llamado a crecer armoniosamente en santidad y comunión, a través de la presencia y obra dinámicas del Espíritu de Dios. Como cuerpo de Cristo somos llamados a crecer en espiritualidad. Una espiritualidad lúcida que nos permita discernir en qué medida la vida, misión y crecimiento de la iglesia responden a la inspiración y guía del Espíritu y, por lo tanto, representan los dones y frutos del Espíritu y no cualquier otra realidad o influencia. La clave aquí es espiritualidad lúcida, dinámica y creciente.

**7. Como hermandad del Espíritu,** la iglesia es una comunidad de discípulos y discípulas llamada a

expresar en forma dinámica, fructífera y contextual el amor de Dios en hechos, relaciones y palabras. Si el Espíritu Santo es como el sistema nervioso que facilita el señorío de Jesucristo sobre su cuerpo, es decir la iglesia, ésta a su vez actualiza y contextualiza las operaciones de las manos, los pies y la boca de Jesús, es decir Emmanuel, Dios con nosotros en la historia. Somos llamados a crecer en encarnación en la historia. Una encarnación que haga real y redentora la presencia compasiva y solidaria de Cristo en medio de todas las manifestaciones del drama humano y la creación entera.

Esta referencia sobre la naturaleza y carácter trinitarios de la iglesia tal vez puede expresarse proféticamente con las conocidas palabras de Miqueas 6:8 acerca de lo que Yavé ha declarado como bueno y lo que reclama de los fieles: *"Solamente hacer justicia (encarnación), amar misericordia (espiritualidad) y humillarte ante tu Dios (fidelidad)"*.

**8. Aquí necesitamos explicitar lo que hemos denominado la triple razón de ser de la iglesia**. Y esto es la adoración, la comunidad y la misión, como las funciones , los componentes, las manifestaciones, las arenas de existencia y experiencia que -como en la Trinidad- están totalmente interrelacionadas, interdependientes y mutuamente implicadas. Estas dimensiones corresponden primariamente, no absolutamente, a las relaciones con Dios, con y entre nosotros/as mismos, y con las realidades más allá de la comunidad eclesial. La iglesia existe para adorar, para ser y hacer comunidad, y para ser y hacer misión.

**9. De esta triple razón de ser, aquí consideraremos sólo la misión de la iglesia.** Como se notará más adelante, con esto no descartamos en absoluto la adoración y la comunión, dada la interdependencia total ya mencionada entre las tres realidades.

Concluimos el comienzo afirmando que el ideal es que la iglesia mantenga, como diría Orlando Costas, un "equilibrio ecológico" entre la adoración, la comunión y la misión. Tal equilibrio e interdependencia permiten que cuando una función o realidad se experimenta en la iglesia, las otras dos están siempre omnipresentes.

**10. La tesis de lo que resta de nuestra reflexión es la siguiente: La misión de la iglesia en los comienzos del siglo veintiuno nos llama a redescubrir y vivir cuatro mandamientos bíblicos apoyados en doce principios teológico-ministeriales, y todo ello a partir de la realidad del Reino de Dios.**

**11. Nuestro énfasis en el Reino de Dios,** 1) apunta a una falencia reiterada, 2) acepta un riesgo al parecer inevitable y 3) desafía a vivir con integridad el Reino, a pesar de todo.

a. La falencia reiterada la enunciamos con siete afirmaciones provocativas:

1) Las iglesias y las teologías han ignorado hasta hace poco tiempo atrás y con honrosas excepciones, la centralidad del mensaje del Reino de Dios a la enseñanza de Jesucristo.

2) Algunas iglesias y teologías han limitado la manifestación del Reino de Dios en la sociedad, a la

iglesia institucional.

3) Las iglesias y las teologías han enfatizado la dimensión individual, personal del Reino, ignorando los aspectos corporativos y comunitarios del mismo.

4) Las iglesias y las teologías han omitido asumir las implicaciones físicas, materiales, históricas del Reino, concentrándose en las consecuencias sólo morales y espirituales del mismo.

5) Las iglesias y las teologías han dividido la vida, la historia, la creación entera en dos esferas: la secular y la sagrada, ubicando la realidad del Reino en la esfera sagrada o espiritual.

6) Las iglesias y las teologías no han desafiado a los cristianos/as a ser discípulos en todas las arenas o círculos de la historia, especialmente en el escenario político, en los procesos de cambios sociales, debido a la localización del Reino en el mundo de lo espiritual, lo individual, lo sagrado.

7) Las iglesias y las teologías han enfatizado la oración "vénganos tu Reino" en detrimento de la obediencia al mandamiento JesuCristiano a los discípulos/as de *"busquen el Reino"*.

b. El riesgo aparentemente inevitable es que, aunque el Reino de Dios es un tema bíblico incuestionablemente central, constituye un problema o desafío misiológico por el hecho de que puede y es entendido de varias y diferentes maneras.

El Reino de Dios es un misterio. Jesús solía enseñar: "El Reino de Dios o el Reino de los cielos es semejante a, o es como...". Parte o expresión importante del misterio es que El Reino es entendido como una realidad en tensiones: tensión entre el futuro y el presente, lo divino y lo humano, lo individual y lo social, lo espiritual y lo material; el Reino que viene a ser, que se da gradual y progresivamente, y el Reino que irrumpe dramática, climática, sorpresivamente; el Reino que se construye desde dentro de las entrañas de la historia y el Reino que irrumpe desde afuera; el Reino que se expresa a través de la iglesia y la iglesia que se expresa como anti testimonio del Reino.

Teologías del Reino de Dios que intentan disolver las mencionadas tensiones optando totalmente por un extremo o por el otro, no hacen justicia a la complejidad de toda la enseñanza bíblica. Una teología del Reino de Dios que intenta ser fiel a la Palabra y eficaz para la misión, necesita aceptar estas tensiones, no escapar de ellas, buscando síntesis creadoras. El peligro ha sido y es caer en las altisonantes opciones. Estas -algunas veces, no siempre- no son más que extremismos simplistas y fundamentalistas, ya sean estos fundamentalismos de derecha o de izquierda, individualistas o colectivistas, espiritualistas o secularistas, futuristas o presentistas, de pobreza o de prosperidad, etc., etc.

Es verdad, la historia de la iglesia nos enseña que el Reino de Dios ha sido interpretado muchas veces sólo como una esperanza futura, o como una experiencia espiritual individual e interior, o como una comunión mística, o como una realidad contestataria de la sociedad, o como un estado político, o como la

sociedad cristianizada, o como una utopía terrestre, etc.

c. Esto nos confirma en lo dicho anteriormente, pero se constituye en un desafío a desarrollar una teología del Reino fiel a la Palabra de Dios y pertinente a cada contexto histórico.

**12. Hay cuatro convicciones enraizadas en la Escritura que nos pueden ayudar -como pautas, perspectivas o presuposiciones- en la reflexión sobre el Reino de Dios.**

a. No existe experiencia, actividad o programa humano, más aún, realidad de la creación, que escape a la realidad del Reino. Jesucristo, Señor del Reino, reina sobre todas las cosas. El Reino no es experiencia aislada, solitaria, sino incorporada y solidaria. El Reino integra.

b. No es posible bíblicamente distinguir entre lo sagrado y lo profano en la experiencia humana y en la creación, pues el Rey del Reino se encarnó. El Reino aterriza la misión. El Reino historifica.

c. No es posible teológica, misiológicamente diferenciar a los cristianos/as entre clérigos y laicos. La diferenciación es aceptable, con múltiples reservas, sólo a nivel funcional. El Reino hace a todos los discípulos/as ministros ordenados al Evangelio del Reino. El Reino moviliza.

d. No es posible desarrollar una concepción bíblica del Reino de Dios sin integrar la encarnación, el ministerio público, la cruz, la resurrección, la ascensión, el Pentecostés y el juicio de nuestro Señor Jesucristo como un sólo acto o movimiento multifacético del Rey, Redentor y Juez. El Reino juzga.

**13. Volviendo a nuestra tesis,** comentaremos brevemente en lo que resta los cuatro mandamientos de la misión y sus doce principios, desde la perspectiva del Reino.

El Nuevo Testamento en general y el libro de Los Hechos en particular destacan claramente cuatro mandamientos o mandatos que constituyen las realidades no negociables en el quehacer de la misión de la iglesia. Estos son el kerigma o proclamación integral del Evangelio del Reino; la koinonía o comunión como expresión del clima del Reino; la didajé o enseñanza de las demandas del Reino, y la diakonía o servicio en la búsqueda del Reino.

**I. En primer lugar, la misión en el siglo veintiuno exige a la iglesia vivir el mandamiento kerygmático, es decir, el mandato de la proclamación integral del Evangelio del Reino. El cumplimiento fiel de este mandamiento se apoya en tres principios: pasión, poder y propósito.**

La exhortación de Dios al profeta Isaías en sus días sigue vigente para nosotros en los nuestros: *"Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado".* (Isaías 58:1)

Desde los días de Pablo y Timoteo hasta los nuestros, la admonición sigue siendo la misma: *"Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo; que juzgará a los vivos y a los muertos en su*

*manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo, redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina"* (2da. Timoteo 4:12).

Sin proclamación no hay misión integral y sin un claro compromiso con la misión integral, la proclamación es *"metal que resuena o címbalo que retiñe"*. La proclamación fue, es y será mandamiento, mandato ineludible como parte de la misión.

**A. La proclamación integral del Evangelio del Reino exige PASIÓN**. Pasión, en este contexto es fruto de la unción fresca, plena y poderosa del Espíritu Santo. El libro de Los Hechos nos relata de los primeros predicadores de la iglesia en Jerusalén diciéndonos: *"Cuanto hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo (es decir, apasionadamente) la palabra de Dios."* (Hechos 2:31)

Necesitamos volver a vivir lo que décadas atrás Carlos Silvestre Horne llamó "el romance de la predicación", es decir, vivir profundamente enamorados/as de nuestro ministerio como proclamadores, enamorados/as del Señor de nuestro ministerio y de su bendita Palabra. Esto no traerá efervescencia emotivo-glandular solamente, sino pasión genuina, pasión espiritual por la proclamación. Esto hará que nuestra América Latina, bendecida con tanta proclamación apasionada mediante la unción espiritual, pero también manipulada y desorientada con tanta proclamación espúrea y circense, viva la realidad de la apasionada convicción de Juan Wesley: "Dadme cien predicadores que no teman a otra cosa que al pecado y no deseen otra cosa que a Dios, y me importa un bledo que sean clérigos o laicos, solamente los tales sacudirán las puertas del infierno y establecerán el reino de los cielos en la tierra".

Como dijo un campesino pastor hace ya varios años en la costa de Colombia "Predicar es arrancar una brasa ardiendo de mi corazón y ponerla en tu corazón". ¡Hagámoslo para la gloria de Dios!

**B. La proclamación integral del Evangelio del Reino exige PODER.** El apóstol Pablo grita a los cuatro vientos: *"Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es <u>poder</u> de Dios para salvación a todo aquel que cree..."* (Romanos 1:16a). El Evangelio del Reino es el poder más grande del mundo. Un poder <u>divino</u> (de Dios), un poder <u>benéfico</u> (para salvación), un poder <u>universal</u> (a todo aquel que cree). Pero la proclamación de este Evangelio que es en sí poder, será proclamación poderosa cuando la iglesia en general y sus proclamadores/as en particular seamos instrumentos abiertos, dóciles al poder divino, que es el poder del Padre, el poder de la Palabra inspirada, el poder de Jesucristo el Señor de la Palabra, y todo ello hecho accesible a través del ministerio del poder pentecostal del Espíritu Santo.

Hemos crecido tremendamente en América Latina. Templos, colegios, institutos, seminarios, instituciones cristianas de todo tipo se levantan por doquier. A pesar de las penurias económicas, políticas y sociales, la obra de Dios crece, entre otras cosas, en poder institucional. Todo eso es bueno, es bendición de

Dios cuando se usa como medio para la misión y no como un fin en sí mismo. El único poder que hará poderosa la proclamación de la iglesia es el poder de Dios. Proclamación con poder trae perdón y pentecostés.

**C. La proclamación del Evangelio del Reino exige PROPÓSITO.** En uno de nuestros libros definimos la predicación afirmando que "predicar es satisfacer necesidades humanas". Por ello el propósito es central en la misión proclamadora. El ministerio de proclamación debe tener, entre otros, un doble propósito, si en verdad intenta satisfacer necesidades humanas. 1) Para discernir las reales necesidades humanas, la iglesia proclamadora está exigida a vivir encarnada, invertida en la vida de su pueblo. Esto nada tiene que ver con predicadores y predicadoras paracaidistas. Esto demanda presencia pastoral, estar donde nos necesitan. También requiere análisis, reflexión y oración, "discernir los signos de los tiempos", es decir, lo que Dios nos dice a través del pueblo, la ciudad, la nación, a nosotros/as que conocemos su palabra y por ello su voluntad. 2) La clave es tratar de escuchar a Dios pero, al hacerlo, simultáneamente intentar comprender las necesidades que palpitan en las vidas de nuestra gente, nuestra congregación. Como diría el teólogo alemán Karl Barth: "en una mano la Biblia, en la otra mano el periódico, para saber lo que dice Dios, para conocer lo que grita el mundo y, a partir de estas dos revelaciones, proclamar a las reales necesidades del mundo y de la iglesia". Esto es proclamación con propósito, aquella que en forma intencional e integral y en actitud pastoral responde, satisface las necesidades de toda la experiencia humana desde el Evangelio del Reino.

**II. En segundo lugar, la misión en el siglo veintiuno exige a la iglesia vivir el mandamiento koinónico, es decir, el mandato de la comunión como expresión del clima del Reino. El cumplimiento fiel de este mandamiento se apoya también en tres principios: convivir, compartir y cooperar.**

En la vida en comunidad, la iglesia participa concretamente del ser familia de Dios y cuerpo de Cristo. Es en tal espíritu como cultivamos relaciones interpersonales, participamos en la ayuda y apoyo mutuos así como en la admonición fraternal, la confesión, el perdón y la restauración y reconciliación, el discernimiento de dones y todo lo que concierne al discipularnos los unos y unas a los otros y otras, incluido como elemento central la interpretación comunitaria de la Palabra. Los contextos de relaciones pueden ser más o menos espontáneos o formales, incluyendo desde luego a familias, individuos, parejas y otros grupos, cualquiera será su situación. El reto es nada menos que estimular el desarrollo del carácter cristiano en versiones únicas -individuales y colectivas, personales y congregacionales- de auténtica espiritualidad. La vida de la comunidad de fe así entendida y realizada estimula y sostiene a la adoración y a la misión de la iglesia y, al mismo tiempo, se nutre de ellas.

**A. La comunión, como expresión del clima del Reino exige CONVIVIR.** La koinonía en el Nuevo Testamento se refiere a la comunión que practica la comunidad de discípulos/as. Es interesante descubrir que al nivel íntimo de la Trinidad, hay un profundo significado de koinonía en la doxología de 2da. Corintios 13:14: *"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén"*.

También encontramos lo mismo en el pensamiento juanino. En 1ra. Juan 1:3 se afirma: *"Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el padre, y con su hijo Jesucristo"*.

Así como entendemos el coexistir, el convivir de las tres personas de la Trinidad, nuestro Trino, Triuno Dios, así debemos comprender y practicar el convivio de la fe en el clima del amor, justicia, paz y libertad plenos del Reino.

La corriente presente e influyente en América Latina del crecimiento de la iglesia, obsesionada por el desarrollo de congregaciones gigantes -"mega churches" como se dice en inglés- presenta, entre otras, una seria debilidad. Con pocas pero honrosas excepciones, tales movimientos tienden a la masificación de los creyentes, impidiendo a la iglesia ser y hacer comunidad. La congregación gigante se transforma en una masa de desconocidos. Esto, por otra parte, refuerza nuestro difundido individualismo evangélico. A lo sumo se dan realidades de convivio cristiano en subgrupos formales o informales. Algunos de éstos viven la experiencia de funcionar como una iglesia-comunidad dentro de la iglesia gigante o iglesia madre. Aquí no estamos cuestionando las iglesias multitudinarias, cuando estas desarrollan programas y ministerios de múltiples alcances para la proclamación, la comunión, la enseñanza y el servicio. Nuestra preocupación nos hace apuntar a la realidad creciente de muchas iglesias multitudinarias, que por múltiples razones no ministran a estas necesidades y, por lo tanto, debilitan -por no decir destruyen- la integralidad de la misión y del crecimiento, donde la comunión, el convivir de cada uno/a de todos los miembros es esencial para la vida de toda la familia de la fe.

Por lo tanto el reto aquí es que, cualquiera será su tamaño, cada congregación experimente la necesidad y bendición de convivir con el resto del cuerpo de Cristo. La iglesia no tendrá autoridad ni soluciones genuinas y eficaces para enfrentar la crisis galopante que afecta a la familia latinoamericana, antes de ser ella misma una familia sana y funcional.

**B. La comunión como expresión del clima del Reino exige COMPARTIR.** Compartir es un correlato de convivir. Compartir es fruto de un convivir comprometido con los demás.

La koinonía en el Nuevo Testamento está ligada con la espontánea participación de bienes materiales. Pablo sitúa este signo del Reino de Dios dentro de los llamados deberes cristianos, cuando

exhorta: *"Compartiendo (koinónein) para las necesidades de los santos, practicando la hospitalidad"* (Romanos 12:13). La koinonía tiene que ver con el principio de compartir. La Palabra afirma: *"Mas bienaventurada cosa es dar que recibir"* (Hechos 20:35).

Por otra parte, la iglesia es llamada a hacer, con la guía y ayuda de Dios, todos los esfuerzos para que el Espíritu transforme el cuerpo de Cristo en comunidad no sólo de hermanos/as, sino de compañeros/as. Comunidad de compañeros/as. La palabra compañero o compañera proviene del latín cum y panis, es decir, con pan. Por esto, significa literalmente alguien con quien se comparte el pan. Seamos iglesias de compañeros/as; compartiendo todo el tipo de pan que es de Dios y Dios nos da. Esta realidad, como en el caso de la iglesia primitiva, impactará y traerá a los pies de Jesucristo a nuestros pueblos.

**C. La comunión, como expresión del clima del Reino exige COOPERAR.** El interés del Dios de la Biblia por el ser humano es integral. Es un interés por su criatura como entidad total y unitaria. Por lo tanto, nada de la humanidad es ajeno a Dios. Desde el comienzo hasta el fin, la Escritura expresa persistentemente el interés redentor, humanizador de Dios por toda la vida de todas las vidas, individualmente y en relación. Por esto, el mensaje bíblico contiene un fermento revolucionario. Revolucionario no porque subvierta el orden social, sino principalmente por su profundo sentido de justicia y por su vigoroso aliento comunitario. Justicia y énfasis comunitario que se expresan claramente en la organización social que Yavé ordena a Israel, donde el principio de cooperación está siempre omnipresente para prevenir, asegurar o corregir contra la injusticia y, por lo tanto, la preservación de la vida comunitaria. Esto se nota claramente en el Antiguo Testamento; 1ro.) en la legislación mosaica y sus reglamentaciones sobre la propiedad agraria, la usura, la esclavitud, la organización política y la administración de justicia y 2do) se reitera en el ministerio profético con su protesta contra la desobediencia a lo estatuido por Dios, a través de la extorsión de los pobres, el latifundismo, la usura, la esclavitud, y el poder político, económico y jurídico opresor. En el Nuevo Testamento, al igual que en el Antiguo, al contrario de lo que muchos interpretan, la vida y mensaje de Jesús -vida que es mensaje y mensaje que es vida- como también la vida y testimonio de la iglesia primitiva nos muestran un énfasis claro, enraizado en la tradición de Israel, de que es la voluntad de Dios que toda la humanidad, como consecuencia de su vuelta a Dios, organice sus relaciones en base al principio de la cooperación, en lugar de destruirse con el veneno de la competencia. Por razones de tiempo y por ser de todos conocidos, no entramos en ejemplos neo testamentarios.

Hoy en día vivimos el "evangelio de la competencia" como una bendición que dizque mueve la rueda del progreso. El pecado humano no solo la ha creado, sino que ha hecho de la competencia sinónimo de guerra y de las más abyectas injusticias.

Por todo ello, se me hizo claro desde que empecé a leer la Biblia en la Escuela Dominical, que Dios

procuró, procura y procurará establecer -a través de su Reino- un sistema de cooperación en lugar de competencia. Esta, desde la caída, es la norma que ha puesto al mundo como está. Cooperar, a nivel de la misión de la iglesia, es una dimensión perdida que debemos rescatar. El espíritu competitivo se ha injertado también en nuestra América Latina en pastores y pastoras, evangelistas, líderes, congregaciones, denominaciones, organizaciones para eclesiásticas, y la lista podría seguir. Esto no sólo afecta el testimonio del pueblo del Reino; también deteriora nuestra vocación y responsabilidad como mayordomos de los recursos que Dios nos ofrece para su obra. ¡Acabemos con la competencia al nivel y en el contexto que sea! Desaprendamos el ejemplo de los misioneros que hace décadas llegaron a nuestras tierras a instalar cada uno su propio kiosco evangélico. Rechacemos copiar el espíritu competitivo de los grandes emporios e imperios, las grandes corporaciones multimillonarias que intentan hacer misión con filosofía de transnacionales. Vivamos la cooperación que está en el mismo corazón del proyecto salvífico de Dios para la iglesia y la sociedad. Seamos una comunidad cooperadora con el resto del pueblo de Dios.

**III. En tercer lugar, la misión en el siglo veintiuno exige a la iglesia vivir el mandamiento didáctico, es decir, el mandato de la enseñanza de las demandas del Reino. El cumplimiento fiel de este mandamiento se apoya, otra vez, en tres principios: discipulado, discernimiento y dirección.**

En el Nuevo Testamento griego didaskó o didaskalia se refieren al proceso de enseñanza; entregar la enseñanza a otros, para discutirla y aplicarla a la vida. Jesucristo exaltado ordenó que se practicase la enseñanza con el propósito de que *"guarden todas las cosas que les he mandado"* (S. Mateo 28:20). Pablo, en línea con este mandato, describe el ministerio de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores/as y maestros/as como una tarea formativa (es decir, capacitación, educación) para *"perfeccionar a los santos"* (Efesios 4:11-12), hasta obtener el conocimiento pleno del Hijo de Dios. Por lo tanto:

**A. La enseñanza de las demandas del Reino es DISCIPULADO.** La enseñanza como discipulado se debe entender dentro del marco del Reino de Dios y el señorío de Jesucristo, su Rey. Discipular es facilitar a los creyentes a *"crecer en todo...en Cristo"* (Efesios 4:15). Para Pablo consiste en que vayamos tomando la forma de Cristo, y Cristo se vaya formando en nosotros/as. En consecuencia todos los ministerios, cada cual de maneras específicas, han de servir para estimular, facilitar y acompañar el proceso de adopción de la forma de Cristo. Aquí se trata de la estructura que debe asumir concretamente la formación, transformación y capacitación propias del discipulado cristiano.

Ahora bien, en la caracterización de esta "forma" o estructura necesitamos ser más específicos. Por ello sugerimos lo que llamamos "el perfil estructural del discipulado" como proceso de tomar la forma de

Cristo. Y en tal perfil proponemos tres aspectos interrelacionados que son: visión, virtud y vocación.

1. Crecer en visión significa aprender a ver la realidad con los mismos ojos de Dios, o como diría Pablo: con *"la mente de Cristo"* (I Cor 2:16). Visión en este contexto se refiere tanto a la percepción en sí como a la sensibilidad para ver lo que Dios quiere y para verlo a Su manera. Visión también se refiere a la perspectiva y ubicación para percibir. Visión además incluye conocimiento, convicción y el proceso de discernir críticamente los datos de la realidad e imaginar alternativas creativamente.

2. Crecer en virtud es desarrollar el carácter de Cristo mediante el fruto del Espíritu en sus diversas manifestaciones, especialmente en las relaciones humanas a todo nivel. Es el reto a madurar en auténtica santidad y comunión, tanto personal como comunitaria. Un desarrollo moral en términos de una espiritualidad que, como Jesús demostró, necesita superar tanto a la moralidad de los "gentiles" como a la piedad de los "fariseos". Es decir que, en este contexto, la virtud debe entenderse según la ética del Reino.

3. Crecer en vocación: significa discernir sabia y fielmente nuestro lugar y papel tanto en la iglesia como en el mundo. Se trata, desde luego, de la vocación de Jesús mismo, de modo que incluye la inversión generosa de los recursos de tiempo, talento, energías e intereses a favor de la causa salvífica, liberadora y reconciliadora. Por lo tanto, vocación se refiere también al estilo de vida que, en solidaridad, compromiso y servicio, concretiza y contextualiza el imperativo del amor.

Discipular en el contexto del Reino es uno de los mandamientos más difíciles y demandantes de la misión. Nuestra obsesión por el crecimiento numérico en nuestra América Latina hace que muchas veces descuidemos -algunos casi ignoran- el discipulado como el corazón mismo del crecimiento integral del pueblo de Dios. Esto nos lleva a veces a considerar que las conversiones multitudinarias, sin la enseñanza como discipulado no son más que la transferencia de una religiosidad popular católica o pagana, a una religiosidad popular evangélica. Es el cambio de la virgen (con todo el respeto que nos merece esta espiritualidad autóctona), los astros, las barajas del Tarot, o cualquier otro tipo de ídolo por la Biblia. Nada más. Por favor, no se entienda esto como una afirmación elitista o antipopular. Todo lo contrario. Sólo con un ejemplo de nuestros contextos, afirmamos provocativamente que divorciar la evangelización del discipulado es truncar el carácter integral del crecimiento en la norma de Cristo. Aún más, es desobedecer la Gran Comisión, la cual coloca radicalmente juntos ambos mandamientos.

**B. La enseñanza de las demandas del Reino exige y ofrece DISCERNIMIENTO.** A pesar que la cruz y la tumba vacía testifican el triunfo del amor sobre el anti reino, un conflicto de proyecciones cósmicas se mantiene aún entre Dios y sus fuerzas, y Satanás y sus huestes. Satanás no siempre se opone a Dios directamente; a menudo trata de obstaculizarle mediante la falsificación. Pablo afirma: *"El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazaran como*

*ministros de justicia"* (2 Cor. 11:14-15). La falsificación satánica hace, entre una constelación de otras, las siguientes imitaciones:

Para Cristo hay un Anticristo. Para profetas verdaderos hay profetas falsos. Para apóstoles verdaderos hay apóstoles falsos. Para el trigo hay cizaña. Para las ovejas hay lobos con pieles de ovejas. Para el Espíritu Santo hay espíritus inmundos. ¿Cómo podemos distinguir lo genuino de lo espúreo? Para ello necesitamos el don del discernimiento.

El ministerio de la enseñanza **exige** discernimiento en educadores/educandos y educandos/educadores en el contexto eclesial, para interpretar la Palabra, entender la voluntad de Dios -que como dice Pablo *"es siempre agradable y perfecta"* (Rom. 12:2)- y hacerla nuestra voluntad personal y comunitaria. La esencia ética del Evangelio del Reino debe ser el criterio para discernir que significa e implica ser consistentes con la política de Dios. Tal imperativo ético es "hacer más humana la vida humana en todas sus dimensiones". Este provee criterios para discernir tanto la negación como la afirmación de la nueva creación, en la sociedad y en la iglesia. El discernimiento -don del Espíritu- hará que la enseñanza del consejo de Dios nos amplíe la visión para comprender con una agudeza renovada la real realidad de toda situación histórica; desarrolle virtud espiritual para sensibilizar nuestro sentido de obediencia radical a la ética del Reino, e ilumine nuestra vocación como discípulos/as, para así transformarnos en instrumentos cada vez más eficaces de la gracia en la iglesia y la sociedad.

A la vez, el ministerio de la enseñanza **ofrece** discernimiento. La historia del encuentro y peregrinaje educativo de Jesús recientemente resucitado con los dos discípulos en el camino hacia Emaús registrada en detalle en el capítulo 24 de Lucas, ofrece una gama impresionante de intuiciones y pautas sobre el ministerio de enseñanza de la iglesia. Sólo deseamos destacar aquí una experiencia que viven los discípulos en la muy íntima comunión con su maestro. Este les había enseñado en el camino las Escrituras y, llegados al hogar, al partir y bendecir Jesús el pan, los discípulos son iluminados, le reconocen y tienen una visión plena de su Señor. Es decir, la enseñanza produjo en ellos el discernimiento para descubrir a Jesús, el Cristo. Estamos llamados a enseñar para que la iglesia redescubra no al Cristo con el ropaje cultural anglosajón que nos trajeron con tanto amor los misioneros y misioneras de antaño. No al Cristo unilateral, parcializado por las opciones y énfasis de cualquier extremismo teológico e ideológico. No sólo al Cristo de la fe; no sólo al Jesús de los evangelios; sino a Jesús, el Cristo, nuestro Señor. La enseñanza de su vida que es mensaje y su mensaje que es vida, ofrecerá discernimiento para la misión en medio de la confusión a la comunidad de fe.

**C. La enseñanza de las demandas del Reino produce DIRECCIÓN.** La experiencia del camino de Emaús es, en múltiples aspectos, paradigma para la enseñanza de la iglesia. Espero que hayan notado que

no hemos dicho camino a Emaús, sino de Emaús. Como veremos, la distinción es importante. Esta experiencia comienza con dos discípulos, gente común que ni siquiera pertenecían al grupo de los apóstoles. Son dos miembros de la iglesia embrionaria, que parten de Jerusalén el domingo después de la pascua, con un sentir de derrota y perplejidad. Sentimientos de desilusión ante la realidad aún fresca de la cruz se mezclan en ellos con cierta esperanza por el testimonio acerca de la tumba vacía que habían oído de "algunas de las mujeres". Todo esto los tiene confundidos. Y esa confusión -aunque no intentan olvidar, escapar, dejar atrás, o soslayar su vocación- los pone en la dirección incorrecta. Están dejando Jerusalén, el centro mismo del evento climático de toda la historia de la salvación. Pero ocurre el encuentro con Jesús en el camino, y su enseñanza cambia la dirección de sus vidas y misión. La mal llamada experiencia del camino a Emaús es para esos discípulos enseñados viaje de ida y vuelta, experiencia en Emaús que los devuelve a Jerusalén. Luego del momento de iluminación que es resultado de la enseñanza en comunión con el Señor alrededor de la mesa, comprenden la real realidad. Es decir, descubren a Jesús, el Cristo en toda su plenitud mesiánica y redentora. ¡Y cambian de dirección! Regresan a Jerusalén. Allí es donde está la acción, el epicentro de la misión. Y la acción, la misión debe continuar. Su discipulado es revolucionado: de la confusión a una nueva dirección. La dirección de la misión. Dice el relato: *"Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén...y contaban las cosas que les habían acontecido en el camino"* (S. Lucas 24:33a y 35a).

La enseñanza a las demandas del Reino produce una nueva dirección a la iglesia que, institucionalizada y clericalizada, programatizada e hiperactiva, manipulada y confundida, pierde muchas veces el rumbo verdadero. La enseñanza del evangelio del Reino ofrece la dirección correcta para el contexto, la necesidad, el imperativo de cada circunstancia. Muchas veces en nuestro típico activismo misionero implícitamente subestimamos el mandamiento de la enseñanza como parte fundamental de la misión integral. Esta, la enseñanza, exigirá y ofrecerá discernimiento, el cual brindará dirección, la de Dios, a la misión.

**IV. En cuarto y último lugar, la misión frente al tercer milenio exige a la iglesia vivir el mandamiento diaconal, es decir, el mandato del servicio en la búsqueda del reino. El cumplimiento fiel de este mandamiento se apoya también en tres principios: compasión, comprensión y consagración.**

Aquí es importante comenzar con una aclaración. La voz griega diákonos que ha sido castellanizada a diácono o diaconiza en nuestros Nuevos Testamentos, es también traducida en nuestras mismas Biblias como ministro, siervo, servidor, y sirviente. Nosotros hemos limitado la comprensión del ministerio

diaconal, a lo que entendemos por las funciones del diaconado en nuestras congregaciones. El Nuevo Testamento enseña que todo ministerio debe ser diaconal, es decir, servicial. Jesucristo dió ejemplo de diakonía en todo su ministerio terrenal. El fue el siervo sufriente por excelencia, diácono entre los diáconos. El apóstol Pablo cuando afirma que ha sido llamado a ser ministro de Jesucristo *"para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios"* (Col. 1:25b), también usa el término diákonos, servidor, siervo.

Jesús mostró su diakonía hasta las últimas consecuencias, y concretó en forma particular y explícita su carácter de servidor al afirmar: *"El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"*. (S. Mateo 20:28)

El apóstol Pablo interpreta el itinerario de Jesús como servidor en Filipenses 2:6-8 y nos exhorta a que sigamos ese ejemplo. Los discípulos debemos tener *"el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús* (Filipenses 2:5), a saber, ser diáconos en el Reino de Dios.

Entre otros ejemplos que ofrece el libro de Los Hechos, la elección de los siete diáconos es un modelo de planificación eclesial del servicio en bien de los más pobres. Los escogidos fueron los coordinadores para *"servir las mesas"*, y se agrega algo fundamental: *"que eran llenos del Espíritu Santo"* (Hechos 6:2-5).

Ese mandamiento de la misión es de tanta importancia y magnitud que, aquellos/as llamados a coordinar el ministerio del servicio al prójimo, deben llenar, entre otros, los siguientes requisitos:"buen testimonio", "ser llenos del Espíritu Santo", "llenos de fe", "dispuestos a servir las mesas" (es decir, "arremangarse") y "deben recibir la imposición de manos".

La iglesia de Dios debe convencerse de una vez y para siempre que el mandato obedecido del servicio y ninguna otra cosa es lo que realmente la define como Cristo tomando forma en la sociedad, es lo que da credibilidad a su proclamación, comunión y enseñanza. Jesús aclaró esto en varias ocasiones. El dijo: *"No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos"* (S. Mateo 7:21).

La praxis y la doctrina, no sólo la una o la otra sino las dos hechas servicio, definen quien entrará en el Reino de los cielos. Si no, veamos S. Mateo 25:31-46. Santiago enfatiza la necesidad de mostrar al mundo la fe evidenciada por las obras (Santiago 2:18) como el resultado misionero de la síntesis dinámica entre doctrina y acción, ciencia y obediencia, teología y ética, amor y servicio. El mandato del servicio es, pues, “la prueba de calidad" de la misión cristiana. Jesucristo mismo, a través del paradigma del Buen Samaritano, nos enseña los tres principios cardinales que deben sustentar el mandato del servicio.

**A. el servicio en la búsqueda del reino debe ser expresión de COMPASIÓN.** Aquel mismo que *"al ver las multitudes tuvo compasión de ellas; porque estaban desparramadas y dispersas como ovejas*

*que no tienen pastor"* (S. Mateo 9:36), nos exhorta hoy, en nuestra América Latina del desparramo y la dispersión, la miseria y el sufrimiento, a ser una iglesia que observe al mundo con una mirada samaritana. Según la conocida parábola, registrada en el capítulo 10 de Lucas, el sacerdote y el levita, líderes religiosos del pueblo más religioso de toda la historia, pasajeros en tránsito, miraron a quien moría a la vera del camino -prototipo de un mundo herido de muerte- y pasaron de largo. Quizás el exagerado espiritualismo con que concebían la misión de Dios; probablemente su activismo religioso, su profesionalismo, su constante "correr contra el reloj" para cumplir con la agenda -su "segunda biblia"; o quizás su racismo sublimado, los había vacunado contra la compasión. El samaritano, fruto de la mezcla entre "lo puro" de Israel y "lo impuro" de la paganía, es decir, "el de afuera", el mestizo, el marginado, aquel que no podía siquiera entrar a las sinagogas, ni asumir cargos de judicatura, probablemente analfabeto y sin trabajo, este que era un etcétera de la sociedad, aquel que podría ser un peligroso resentido social, dice Jesús que *"viéndole -al moribundo- fue movido a misericordia"* (Lc. 10:33b). ¡Qué elegante es la traducción al castellano! De ser más literal al texto griego debería decir: "y viéndole se le revolvieron las tripas". ¡Claro! de compasión, la cual lo movió a misericordia, es decir, a servir por amor al prójimo. Esa mirada samaritana cargada de profunda compasión, generó un servicio creativo, sacrificial y dedicado. ¡Qué ejemplo insuperable! Jesús eleva lo rechazado por su propio pueblo, lo despreciable sociológicamente, como paradigma -ejemplo por excelencia- de la actitud y misión de la iglesia universal que debe servir exclusivamente por compasión. Porque la auténtica misión de Dios es o debe ser un gran acto de cvompasión.

La compasión de Jesús, que debe ser nuestra compasión en el contexto del Reino, no es un simple sentimiento de piedad por la desgracia ajena, ya sea ésta individual o colectiva, sino un sufrimiento motivado por el amor de la cruz, el ágape de Dios. A Jesús, representado en el Samaritano, "le duelen las entrañas", "se le revuelven las tripas”. Jesús, el Cristo, se metió en el dolor del pueblo para socorrerlo, servirlo, sintiendo en carne propia el dolor de los demás. La compasión de Jesús incluye amor y justicia que se entrelazan, implican un amor intenso y constante, y demandan hoy a la iglesia, en esta América Latina sufriente, un servicio compasivo, creativo, restaurador, liberador y humanizador.

**B. El servicio en la búsqueda del Reino, es resultado de COMPRENSIÓN.** En cierta forma comprender o comprensión es un correlato o resultado directo de discernimiento. Este es uno de los principios que exige y a la vez ofrece el ministerio de la enseñanza eclesial, como ya comentáramos. Comprensión requiere discernir con precisión la experiencia o situación que enfrentamos en nuestro ser y hacer misión, para dar a tal necesidad una respuesta pastoral y contextual relevante, es decir, un servicio eficaz. La mirada samaritana del relato de Jesús fue rica en comprensión. Aquel de quien el Maestro ni el

nombre menciona, quien seguramente no habría estudiado sociología o criminología, comprendió bien la real realidad. Esa comprensión lo llevó a servir en el momento, con la rapidez y de la forma necesaria. José Míguez Bonino, decano de teólogos y teólogas latinoamericanos recientemente fallecido, enfatiza la necesidad de que nuestra fe debe experimentar una constante búsqueda de eficacia. La fe y el servicio del samaritano fueron eficaces, pues estaban enriquecidos con una comprensión clara de la realidad. Al comienzo enfatizamos la necesidad de desarrollar una espiritualidad lúcida, que busque comprender no sólo a Dios y su voluntad, sino también al mundo y sus necesidades, no las aparentes, sino las reales. Como en el paradigma samaritano, nuestra comprensión inteligente de la realidad nos demanda como iglesia no sólo destrezas sicológicas y sociológicas, que son muy importantes, sino una participación encarnada y directa, una inversión compasiva y plena en las angustias del camino. Los dramas de la real realidad tienen un sólo origen: el pecado. El reto clave para no caer en generalizaciones superficiales y total ineficacia histórica en el servicio, es buscar comprender las verdaderas causas de las manifestaciones múltiples del pecado: personales y colectivas o sistémicas, existenciales e históricas, sicológicas y económicas, morales y políticas, etc., etc.

El samaritano comprendió no tanto por sus destrezas, sino porque se acercó, se invirtió, participó y, como resultado, sirvió con eficacia. En esta hora de impresionantes necesidades, somos llamados como iglesia a servir con comprensión iluminada por el discernimiento, nuestras destrezas y el compromiso por un servicio que no sólo asista y restaure, sino que también libere y humanice.

**C. El servicio en la búsqueda del Reino, es exigencia de CONSAGRACIÓN**. La compasión y la comprensión no son suficientes para producir un servicio al estilo de Jesús, en la onda del Reino de Dios. La exigencia es también de consagración. Algunos prefieren y usan "a troche y moche" el término compromiso. No tenemos problemas en absoluto con este término; sólo opinamos hoy que su uso y abuso en las dos últimas décadas lo han vaciado muchas veces del significado que tuvo y merece. Por eso usaremos consagración, el cual, tiempo atrás, también había sido vaciado de las implicaciones radicales de su significado pristino. Este, desde nuestra perspectiva muy personal, liga hoy más estrechamente la acción sacrificial, fruto de opciones claras, con una piedad genuina donde se debieran "hornear" todas las opciones de o para la misión. Agregamos que somos muy conscientes que la preferencia por consagración en lugar de compromiso, está influida por la etapa presente de nuestro peregrinaje; además de -¿por qué no decirlo?- nuestra realidad generacional y otras curiosidades.

La exigencia de consagración nos vacuna contra la especulación teórica sobre los problemas y sobre el deber ser de la realidad. La consagración nos exige -como ya enfatizamos- compasión y comprensión, es decir, análisis serio y honesto. Pero no sólo eso. El samaritano también actuó. Dice Jesús: *"Y acercándose*

*vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él"* (Lc 10:34). El sacerdote y el levita quizás analizaron, asumieron el problema como tema de "reflexión en busca de una pastoral relevante, integral y contextual." ¡Qué lindo suena! ¿Verdad? Pero ellos no actuaron, pasaron de largo, les faltó consagración.

La iglesia, como comunidad del Siervo Sufriente, debe estudiar, reflexionar, dialogar y planear sobre el qué , el por qué, el cómo, el cuándo y el donde de su servicio como parte de su misión integral. Pero debemos, inmediatamente o cuando sea oportuno, ni un minuto después, actuar. Y actuar muchas veces demanda sacrificio personal, familiar o congregacional. Sacrificio. Jesús concluye diciendo: *"Otro día, al partir, sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: Cuídamele y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese"* (Lc 10:34). El samaritano pobre dio consagradamente su tiempo, oportunidades, recursos y dinero para servir.

Que nuestras prioridades para el servicio eclesial como mandamiento ineludible de la misión, a pesar de las limitaciones que enfrentamos en nuestra América Latina -confiando en el glorioso poder multiplicador de Dios- sean a partir de una compasión genuina, una comprensión lúcida y una consagración sacrificial.

**Conclusión**

Estamos viviendo la hora penúltima de la historia. Iniciamos hace ya más de una década el siglo veintiuno, el tercer milenio. Esta es la hora cuando Dios quiere hacer su historia a través de su iglesia en América Latina y el mundo entero. Hora de oportunidades y desafíos. Tiempo para la reflexión profunda, el arrepentimiento genuino, la renovación transformadora, la movilización total y la misión integral. Hora de obediencia al mandamiento de la proclamación del evangelio del Reino, a tiempo y fuera de tiempo, con pasión, poder y propósito. Momento para vivir el mandato de la comunión como expresión del clima del Reino, como fruto del poder reconciliador y reunificador de Dios en Jesucristo; comunión que demanda convivir, compartir y cooperar. Tiempo para responder al mandamiento de la enseñanza de las demandas del Reino con discipulado, discernimiento y dirección. Coyuntura ésta, que nos convoca al imperativo del servicio en la búsqueda del Reino como testimonio de compasión, comprensión y consagración.

Esta es la hora de la misión en los comienzos del siglo veintiuno, en la realidad y esperanza del Reino, bajo la soberanía total de Jesucristo y en el poder irremplazable del Espíritu Santo. ¡Qué glorioso es vivir en este tiempo! ¡Qué privilegio es ser parte de esta misión! ¡Vivámosla con visión, virtud y vocación, para la gloria de Dios!

*"Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir"*

(Apocalipsis. 4:8). *"Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios sea honor y gloria, por los signos de los siglos. Amén"* (I Timoteo 1:17).